

SEGURIDAD SOCIAL Y DESARROLLO

Resulta tonificante, para quienes como yo gozamos de optimismo inquebrantable sobre la suerte del país, tener ocasión de reunirse con un gremio que convoca en su seno a gentes que cumplen su diario quehacer en un medio que se convirtió en el más difícil y hostilizado de la convulsionada Colombia de los últimos tiempos, dándose, adicionalmente, el lujo de ser uno de los subsectores más pujantes de la economía nacional.

Mis agradecimientos a la Junta Directiva de FEDEPALMA, que me proporciona la oportunidad gratísima de estar entre ustedes para reafirmar la fe en el porvenir, en nuestro vilipendiado sistema político y económico y en los recursos humanos de Colombia.

Resulta prácticamente imposible, pero cuando menos un esfuerzo necio, pretender hablar a un núcleo de personas del sector privado, que se reúne para realizar un análisis de la actualidad económica del país y su papel o su posibilidad en ese escenario, ignorando lo que uno de los inspiradores de la economía moderna, el profesor Milton Friedman, señaló como la condición esencial para cualquier desarrollo económico: La seguridad social. Es verdad incuestionable, que ésta ha desaparecido en Colombia, particularmente para los inversionistas rurales, a quienes la cuestión se les ha convertido en un auténtico drama diario. No sólo están amenazadas sus industrias como entes económicos, sino su seguridad personal, su tranquilidad, su libertad y aún sus propias vidas.

La condición esencial para cualquier desarrollo económico: la seguridad social.

Aun cuando hay elementos para pensar que la agudización del fenómeno, en los últimos meses, corresponde a un proceso ascendente y sin límite previsible de los factores de perturbación y desestabilización social, vale la pena advertir que parece ser más bien el fruto temporal del desbarajuste a que dio lugar el favorecimiento de todas las formas de delincuencia y el tratamiento del asunto conforme a criterios rigurosamente intuitivos y personales, al margen de los instrumentos supraleales

y legales previstos en nuestro ordenamiento jurídico, para circunstancias de esta naturaleza.

Era absolutamente necesario devolver el manejo del orden público y la paz, a los cauces institucionales, de suerte que los órganos competentes del Estado, reasumieran las tareas de que habían sido relevados, bien en la aplicación de la Ley a los infractores, o en la represión y prevención del delito por parte de los cuerpos que portan las armas oficiales. Por fuera del vendaval del populismo y la retórica, restablecer la diferencia, que alguna habría de haber, entre los estamentos castrenses y las bandas armadas, éstas sí ansiosas de poder político, e insaciables en sus apetitos económicos. Reconozcamos que la tarea no era fácil, ni podía cumplirse de un día para otro. Pienso que restablecidos los fueros constitucionales y legales de las fuerzas armadas, dotadas de los recursos materiales que se les negaron para el cumplimiento de su misión, en término razonablemente corto veremos empezar a ceder el impulso material de la subversión.

Es indudable que los desajustes sociales deben ser preocupación permanente de quienes en uno u otro grado, por una u otra razón tienen el liderazgo de la comunidad.

Preocupa, en cambio, un aspecto distinto del puramente militar en la confrontación a que se ha visto abocado nuestro sistema. Es el término político o ideológico del asunto. Bien pocos parecen comprender la naturaleza y magnitud del reto que estamos afrontando. Los recursos dialécticos de que se ha valido la subversión para vender su imagen, cuando no para explicar y justificar su acción en una clara marcha hacia los instrumentos del poder, utilizando los más despiadados e inhumanos elementos de lucha, son fácilmente asimilados por muchos de los que se pregonan defensores del sistema.

Cuanto de injusto o reprochable tiene todo sistema social, que no sea el comunismo, obedece supuestamente a los vicios de la democracia. A los horrores del capitalismo. Es indudable que los desajustes sociales deben ser preocupación permanente de quienes en uno u otro grado, por una u otra razón, tienen el liderazgo de la comunidad y que su superación ha de convertirse en meta clara de quienes asumen las responsabilidades del Estado. Pero de ahí, a afirmar como se hace con ingenuidad como-

vedora, que el desmoronamiento de la paz nacional obedece en estrecha relación de causa a efecto a los desajustes o tensiones sociales, hay una distancia sideral. Hemos dicho en otras oportunidades y lo repetimos ahora; que esta es una fórmula que corresponde al conocido recetario de los movimientos revolucionarios internacionales en abierto desafío al sistema democrático, hábilmente manejado por unos pocos y sumisamente acogido por otros, que han resuelto predicarla como verdad irrecusable.

Los paraísos que se ofrecen por las vías de las armas y la violencia, no constituyen en manera alguna la solución a las inconformidades que nos suscita la forma social que nos hemos dado.

Nos hemos convertido inconscientemente en la mayoría de los casos, o con clara conciencia de lo que se proponen en otros, en pregoneros de la sin razón de la democracia. Quitarse la razón en todo, dice agudamente Jean Francois Revel, es algo que se vuelve peligroso, cuando tiene por contrapartida práctica, dar la razón a un enemigo mortal; y agrega: "¿De dónde sacarían los ciudadanos de las sociedades democráticas motivos de resistencia, si se les ha convencido previamente, desde la infancia, que su civilización entera no es más que una colección de fracasos y una impostura monstruosa?".

Al paso que es necesario trabajar con creatividad, imaginación y audacia para encontrar la salida a los conflictos propios de todo ordenamiento social, es necesario también defender el sistema. Estar ciertos de que los paraísos que se ofrecen por las vías de las armas y la violencia, no constituyen en manera alguna la solución a las inconformidades que nos suscita la forma de vida social que nos hemos dado. De lo contrario, vamos a perder la batalla antes de librarla.

LOS RETOS DEL INMEDIATO FUTURO

Dentro de todos los males y secuelas que las generaciones posteriores al Frente Nacional suelen atribuirle al ensayo, con poco reconocimiento de sus amplios beneficios, yo me arriesgaría a señalarle uno más. La esterilización de la capacidad de los partidos políticos para pensar en grande, con visión de futuro, limitándolos a las cosas del diario condumio, orientadas a permitir la supervivencia electoral de algunos de sus personeros. Se dejó de lado la tarea de proyectar la nación hacia el porvenir,

abriéndole camino por entre las dificultades de orden interno o externo.

En mi sentir ésto ha dado lugar a que los instrumentos bien sea legales o económicos y las palancas del desarrollo, se vayan desgastando o agotando hasta hacerse inoperantes, sin que surjan nuevas propuestas a transitar caminos no trillados, como ocurría en el pasado, cuando se superaban dificultades y se canalizaba la dinámica social por el liderazgo de los partidos.

Hay destellos de luz que parten del sector privado o de la iniciativa individual. Pero infortunadamente no son los partidos instrumentos de la expresión colectiva en las democracias, los portavoces y abanderados del cambio.

Nos hemos ido quedando atrás y no es bueno que las soluciones se den cuando el conflicto amenaza con asfixiar a la comunidad. Las campanadas que oímos son lo suficientemente claras como para movilizarnos en la búsqueda de alternativas que sustituyan las envejecidas herramientas que cada día dan menos. La cuestión, desde luego, no es atribuible en forma exclusiva y excluyente a un modelo económico. Es imperioso también, revisar, para actualizarla, la estructura legal del país, empezando por la Carta Fundamental. Dentro de los marcos actuales, centenarios y sacrosantos unos, más que centenarios y obsoletos otros, será intento vano acomodar holgadamente una comunidad, con la movilidad y crecimiento de la nuestra.

Se dejó de lado la tarea de proyectar la Nación hacia el porvenir.

Por ejemplo, si se quiere responder al reto del desempleo, o cuando menos no llegar a los años 90 con tasas críticas, es necesario pensaren niveles de crecimiento económico, nada fáciles de alcanzar, dentro de este esquema que hacemos cada vez más inflexible, teniendo en consideración que la población en edad de trabajar, en las zonas urbanas, crecerá a un ritmo de casi 3.9% anual hasta finales de siglo.

Un crecimiento económico del 5.3%, que no es el histórico entre nosotros, apenas impedirá que suba el desempleo sobre las desalentadoras cifras que

hoy registramos. Para lograr que el desempleo se mantenga en los niveles estructurales, esto es, un 8% aproximadamente, sería necesario llegar a un crecimiento económico del 6.2%. ¿Cuál sería el milagro que posibilitará alcanzarlo, sin modificar los parámetros de desarrollo en que nos hemos movido hasta ahora?

EL MODELO DE DESARROLLO

Se ha dicho desde siempre, y no sin razón, que Colombia es un país con vocación agropecuaria. Sin embargo, parece que por ser esa una verdad incontrovertible, paradójicamente ha acabado por convertirse en la mayor de las mentiras. No fue suficiente que el señor Pasteur hubiera descubierto el método de eliminar nocivos microorganismos en los alimentos y especialmente en las bebidas que ingerían los hombres, o que esas mismas investigaciones le hubieran permitido generar el organismo adecuado para combatir la hidrofobia. Con ese sólo hecho, el sus sesudas y exitosas investigaciones, la humanidad hubiera seguido padeciendo penosas enfermedades y afrontando una de las formas más terribles de morir. Fue necesario, por supuesto, que los aportes de tan notable científico se aplicaran a la esterilización de los alimentos y a la elaboración de la vacuna contra la rabia para que se concretaran todos sus beneficios.

Se ha dicho desde siempre,
y no sin razón, que Colombia es un país
con vocación agropecuaria.

Colombia, ciertamente, es una nación con vocación agropecuaria. Ello nunca ha sido discutido pero tampoco aprovechado en beneficio de la comunidad. En efecto, si se revisa la historia republicana de nuestra nación, se advierte con facilidad que el sector agropecuario no ha estado jamás a la vanguardia de los esquemas de desarrollo que a lo largo de los años han venido adoptando los sucesivos gobiernos. No obstante, han sido productos agrícolas los que han permitido soportar el avance de la nación al suministrarle las divisas indispensables para mantener los suministros que del exterior requiere. Primero fueron el tabaco, la quina y el añil y desde hace ya varias décadas el café los que desempeñaron ese invaluable papel. La demanda externa por productos agrícolas se constituyó en la forjadora de la estructura vial y portuaria de Colombia y en la base de su desarrollo industrial.

Ya en las décadas de los años veinte y treinta del siglo que corre, ante las adversidades de la recesión internacional o de la que comúnmente se denominó como la gran depresión, el país, bajo la conducción de visionarios dirigentes, encuentran la oportunidad, o quizás mejor la necesidad, de iniciar su proceso de industrialización ante la interrupción del flujo en la adquisición de bienes de origen foráneo. Vino luego la segunda guerra mundial, pasada la cual se presentaba el reto de la reconstrucción física y económica de Europa, tarea sorprendentemente exitosa que, para bien, habría de imprimir un gran optimismo por esa forma de desarrollo en todos los países del mundo. Europa había logrado salir de la ruina al reconstruir su aparato productivo industrial como asombrosa celeridad.

La demanda externa por productos agrícolas
se constituyó en la forjadora de la estructura vial
y portuaria de Colombia y en la base
de su desarrollo industrial.

Todo ello influyó sin duda en las concepciones industrialistas que primaron en los economistas del tercer mundo y reforzó por tanto el modelo de desarrollo que ya se insinuaba para nuestros países, según el cual en la actividad manufacturera encontraríamos la redención del atraso y de la pobreza.

De esta forma ingresamos, esta vez sí en forma deliberada, en el esquema que imponía la industrialización "a la brava" sin consideraciones diferentes a las de crear una estructura capaz de producir bienes elaborados o al menos semielaborados. Surgen entonces industrias importantes por su desproporcionado tamaño y costosa operación, que amparadas por inmensas barreras proteccionistas desarrollan su actividad en base a un mercado interno cautivo y estrecho, circunstancias que le determinaron un alto grado de ineficiencia. El célebre economista Galbraith, en tono severamente crítico con los programas económicos adoptados por los países en desarrollo en la posguerra, se refería a la equivocada concepción según la cual, "si no se tenía una acería o una planta con maquinaria moderna, se consideraba que realmente no se tenía nada".

Naturalmente la protección a ultranza de un sector de la actividad económica implica inevitablemente la discriminación de las otras ramas productivas. Así, el énfasis por la industrialización relegó a un

plano secundario a nuestro maltrecho sector agrario. En opinión del profesor Walter Falcon de la Universidad de Stanford, "existía el punto de vista de que la industrialización era el camino hacia el desarrollo. Por lo tanto —agregaba— el sector agrícola se exprimió y los campesinos sufrieron las consecuencias".

El énfasis por la industrialización
relegó a un plano secundario
a nuestro maltrecho sector agrario.

En parte no despreciable, a esto obedece que actualmente en Colombia las labores del campo se hayan constituido en una actividad para quijotes, pues además de enfrentar las adversidades propias de una coyuntura signada por la inseguridad y el terrorismo, tiene que soportar rentabilidades que no se compadecen con las obtenidas en actividades urbanas, altamente subsidiadas unas y francamente especulativas otras. Afortunadamente como lo dijo el doctor Antonio Guerra de la Espriella con ocasión del anterior Congreso de Cultivadores de Palma, "la especulación no tiene el ambiente para su florecimiento en la actividad palmicultora".

LA CRISIS DEL MODELO DE DESARROLLO

Ahora bien, no es necesario teorizar acerca del modelo de desarrollo económico colombiano para calificar sus bondades o sus hierros. En esta materia como en todo, los frutos se tienen que medir por los resultados y no por los enunciados. Podemos afirmar sin lugar a equivocaciones que el modelo hizo crisis. Los hechos son tozudos. Cómo puede esperarse más de un esquema de desarrollo que permite, si es que no lo prohija, que persistan tasas de desempleo cercanas al 14% con un millón doscientos mil colombianos desocupados en nuestras ciudades; que una inmensa cantidad de compatriotas reduzcan permanentemente el consumo de alimentos que les permitirían un adecuado nivel nutricional. O, que luego de todos estos años dedicados a moldear una estructura productiva industrial, persista un proteccionismo social y económicamente costoso que quizás jamás podrá ser desmontado sin precipitar su derrumbe con excepción de algunas ramas específicas. ¿Cómo es posible también, que a lo largo de tanto tiempo se hayan dedicado tan ingentes esfuerzos para continuar de-

pendiendo, en lo externo, de las exportaciones cafeteras coadyuvadas en años recientes por productos provenientes del agro colombiano?

Si estas consideraciones no son suficientes para calificar el estado de agotamiento de nuestro modelo de desarrollo, no sería concebible predicarlo de ningún empeño humano.

Parecería que se ignorara que el bien esencial y básico para el hombre es la alimentación. O tal vez lo que aparentemente es ignorado es que los alimentos provienen del campo y no de las plantas siderúrgicas o de las ensambladoras de automóviles.

Parecería que se ignorara
que el bien esencial y básico para
el hombre es la alimentación.

Cada día somos menos capaces de alimentar a nuestro pueblo, no obstante tener en el sector agropecuario el más grande potencial para beneficio del país entero. Bastaría mencionar que, además que dicha actividad suministra los alimentos a la población y los insumos requeridos por múltiples industrias, la capacidad de demanda y oferta estables para los productos de otros sectores que allí se podría generar en inmensa si se le colocara en el sitio que le corresponde. Véase, por vía de ejemplo, la expansión de la demanda interna que se presenta cuando los precios internacionales de un producto agrícola como el café repuntan en los mercados externos, en ocasiones con tal magnitud que crea dificultades en el manejo de la política económica. Esta es en verdad una actividad que pone en evidencia la debilidad de toda la estructura económica colombiana. Si la cotización externa está deprimida, la situación es grave porque las ventas también caen a niveles que en no pocas oportunidades conducen al cierre de negocios y factorías con las secuelas obvias del desempleo y la miseria. Pero, como ya se anotó, cuando su cotización se eleva, la situación paradójicamente se torna también grave al existir una demanda interna adicional que nuestro aparato productivo es incapaz de atender, generando, en consecuencia, presiones sobre la inflación que como es bien sabido, es el impuesto más regresivo como quiera que grava con mayor crudeza a las capas más pobres de la población. Pero es que además no podrá haber un manejo afortunado del proceso crónico de la inflación, hasta tanto no

exista una adecuada oferta de alimentos que escaseen, cada día más, por la depresión del sector rural.

Como lo expresó el Jefe del Estado, doctor Virgilio Barco, en discurso pronunciado ante el vigésimo tercer Congreso Agrario Nacional, "en último análisis, el perjuicio que sufre el sector agropecuario redundante en contra de los habitantes de la ciudad y del bienestar del país, al generar mayores precios, menores divisas, mayor inflación y condiciones propicias para la subversión".

El funcionamiento ideal de cualquier economía es aquel que internamente posea la capacidad de producir bienes y servicios en aumento y simultáneamente generar una demanda también en crecimiento. De esta forma se obtendría un desarrollo sostenido evitando el drama humano del desempleo en sus diversos grados y propiciando el ininterrumpido progreso colectivo.

Dentro de este contexto, pienso que resulta imperioso que en nuestro escenario económico aparezca como protagonista el sector agropecuario. El desempeño privilegiadamente el doble papel de oferente y demandante de bienes y servicios y sería el gran y verdadero promotor del frustrado propósito de diversificar las exportaciones colombianas, anhele éste que a pesar de las no pocas innovaciones legislativas y organizacionales no alcanzaremos dentro del marco actual. Si no, que se mire el producto que es aún responsable del 60 % de las divisas de que dispone el país.

No podrá haber un manejo afortunado del proceso crónico de la inflación, hasta tanto no exista una adecuada oferta de alimentos que escaseen, cada día más, por la depresión del sector rural.

El inequitativo tratamiento que ha recibido la actividad del agro por parte de las sucesivas administraciones, no obstante que sectorialmente continúa siendo el mayor contribuyente en la formación del Producto Interno Bruto, se pone de relieve al registrar el marchitamiento del gasto público en esta rama del quehacer productivo. Es así como en el sector se reduce, como proporción del gasto total del 9.9% al 3.3% entre 1970 y 1984, disminución que no tiene relación con la participación del producto agrario en el nacional, que sufre una leve reducción al pasar del 25.3% al 22.2% durante el mismo lapso. Podría, sin embargo, pensarse que

este vertiginoso y desproporcionado descenso obedece a las dificultades fiscales que hemos tenido que afrontar desde hace algún tiempo. Pero no.

Esa no ha sido la causa, pues el total del gasto público, en lugar de disminuir, aumentó como proporción del Producto Interno Bruto Nacional al pasar de representar el 13.2% en 1970 al 16% en 1984. Queda así claro el tratamiento discriminatorio de que ha sido objeto una actividad para la cual, siempre se ha dicho, Colombia tiene una especial vocación.

Podría, sin embargo, pensarse que este vertiginoso y desproporcionado descenso obedece a las dificultades fiscales que hemos tenido que afrontar desde hace algún tiempo.

Por el lado del crédito ha ocurrido algo parecido. En 1970 algo más del 31% de los recursos crediticios se dirigían a la atención de actividades relativas al campo, en tanto que ya para 1981 dicha proporción se había reducido al 17.8%.

Por último y con el propósito de no aburrirlos con la pesada mención de datos que reiteran hechos por ustedes conocidos, bastaría mencionar que, según estimaciones de la Sociedad de Agricultores de Colombia, el 13.6% del valor de la producción agropecuaria es transferido a otros sectores de la actividad nacional.

NUEVOS TIEMPOS, NUEVAS IDEAS

Naturalmente esa desatención relativa por parte del Estado a la provincia colombiana tiene que ver con el fenómeno de la relocalización poblacional que ha traído aparejado el modelo de desarrollo. En efecto, en 1938 solamente el 29% de la población habitada en las zonas urbanas y el 71% restante se ubicaba en el área rural. Con el énfasis otorgado a las actividades industriales urbanas, especialmente a partir de la segunda mitad de los años veinte, la migración campo-ciudad habría de acelerarse de tal forma que ha conducido a consolidar la mayor parte del crecimiento demográfico en las ciudades colombianas. Así, en 1951 la población urbana equivalía al 38% del total; en 1964 al 53%, en 1973 al 59% y en 1985 se aproximó al 67.5% de la población colombiana. Prácticamente en un período de 30 años se invierte la distribución espacial de los habitantes de nuestra nación. Ello significa que hoy cada campesino debiera producir alimen-

tos para él, su familia y no menos de dos personas que habitan en las ciudades. Ello supone, por supuesto, un cambio en la mentalidad con respecto al papel del sector primario en la economía. Es necesaria la dotación de infraestructura física, social y, fundamentalmente, la garantía que debe otorgar la sociedad para que sea remunerativo y posible dedicar esfuerzos y recursos privados a las faenas agrarias. Sin embargo, como ya lo hemos afirmado, la vía que hemos tomado nos está conduciendo en dirección contraria.

Es ineludible entonces corregir el rumbo, lo que con el transcurso del tiempo se hará cada vez más difícil corriendo el imponderable riesgo de que el "nunca es tarde" se convierta en "demasiado tarde". Naturalmente la revaluación que se requiere introducir en el esquema del desenvolvimiento nacional tiene que ser liderada al más alto nivel político, pues no basta con los llamados que a gritos puedan hacer los sectores académicos o gremiales, si la dirigencia política, que es la que tiene la capacidad y los instrumentos para incidir efectivamente sobre los destinos patrios, desoye dichas opiniones por juiciosas que ellas sean.

EL "MERCADO POLITICO" Y LA RESISTENCIA AL CAMBIO

Lo grave es que en la instancia política surgen comprensiblemente grandes dificultades para modificar la dirección del discurrir de nuestra sociedad. No quiero significar con ello que la clase política sea un estamento reaccionario que conciba como inmutable el statu-quo. Sin lugar a equívocos más bien se podría afirmar que la inmensa mayoría de la dirigencia colombiana anhela con sinceridad el cambio siempre y cuando redunde en beneficio comunitario. El obstáculo surge en lo que recientemente se ha denominado como el "mercado político", tema en torno al cual el profesor Theodore Schultz, premio Nobel de Economía 1979, ha realizado interesantes reflexiones.

Esa desatención relativa por parte del Estado a la provincia colombiana tiene que ver con el fenómeno de la relocalización poblacional...

En efecto, el nuevo mapa de poblamiento, considerado desde el punto de vista espacial o geográfico, inducido por el acelerado proceso de urbaniza-

ción, genera internamente los elementos políticos que refuerzan dicho proceso. No podría ser de otra manera, cuando las elecciones a los cuerpos de representación nacional se definen en las ciudades y cuando en la elección presidencial resulta victorioso quien cautive la opinión electoral de las cuatro principales capitales.

Se podría afirmar que la inmensa mayoría de la dirigencia colombiana anhela con sinceridad el cambio siempre y cuando redunde en beneficio comunitario.

Esta circunstancia determina, en consecuencia, la concepción del desarrollo que ha penetrado en las mentes de quienes tienen la responsabilidad de dirigir la Nación. El parámetro de eficiencia y productividad electoral se constituye de esta forma en el mejor orientador de las políticas económicas y sociales. De aquí se deriva el sesgo urbano, en detrimento de la actividad y de la población rural, que caracteriza los programas y las acciones estatales a lo largo de los últimos cincuenta años.

El control de precios de los alimentos sin atender las condiciones de rentabilidad de quienes los producen, las esporádicas importaciones masivas de los mismos arruinando no pocas veces a los productores, y el marchitamiento de la inversión pública en el sector agropecuario, son hechos que no hacen otra cosa que reiterar dicho aserto.

Hace no mucho tiempo la consigna populista de la vivienda sin cuota inicial sirvió de bandera victoriosa en las faenas electorales sin que hubiera sido necesario aclarar que se trataba de vivienda urbana. Ello estaba implícito en la propuesta. Tal vez otros habrían sido los resultados si se hubiere esgrimido una consigna igualmente populista como la de "finca sin cuota inicial" o "parcela sin cuota inicial".

Así pues, el "mercado político" hace inútil, desde el punto de vista electoral, dedicar acciones y esfuerzos destinados a mejorar las condiciones de vida en el campo. Las ciudades reciben el grueso de los recursos para la construcción de infraestructura física y social. Son muy escasos e insignificantes, por ejemplo, los programas gubernamentales de vivienda campesina.

Cuánto no se podría avanzar si a la crisis de vivienda no se diera invariablemente y sistemáticamente

un tratamiento que tanto tiene de solución como de incremento del conflicto, en la medida en que estimula los movimientos migratorios rurales hacia las ciudades. Si se pensara, por ejemplo, en programas de vivienda acompañados de pequeñas parcelas ubicadas en el área de los municipios próximos a las grandes ciudades y a las intermedias, se lograría el doble efecto de evitar el drama de los destechados convertidos en los cinturones de miseria de las grandes urbes y de producción de alimentos en los alrededores de éstas para satisfacer, cuando menos parcialmente, su creciente e insatisfecha demanda.

EL SECTOR AGRARIO, MOTOR DEL DESARROLLO ECONOMICO

Por todo ello el sector agrario continúa considerándose como "el problema agrario" al cual, de cuando en cuando, hay que prestarle alguna atención para que no moleste en la hasta ahora fallida búsqueda de un desarrollo soportado sobre un ineficiente esquema industrial-urbano que ha conducido a la tugurización de las urbes, y al taponamiento de las vías para identificar la solución a los conflictos nacionales.

Se trata de recuperar zonas
que alguna vez estuvieron habilitadas
para la producción y para la vida.

Surgen entonces propuestas de reformismo agrario concediéndole a la propiedad de la tierra unos atributos que ni siquiera los fisiócratas imaginaron y se formulan planes de rehabilitación para el campo reconociéndose así que debemos desandar buen trecho del camino recorrido, pues se trata de recuperar zonas que alguna vez estuvieron habilitadas para la producción y para la vida.

Lo que hasta aquí hemos dicho es evidente para todos nosotros y con mayor razón para quienes tienen, han tenido y tendrán responsabilidades de gobierno. Sin embargo, poco se ha hecho por enderezar el rumbo. Es necesario no solamente tener conciencia de los errores sino sobre todo tener voluntad para corregirlos. Voluntad y decisión políticas es lo que ha hecho falta.

Los humanos nos acostumbramos con asombrosa facilidad a convivir con los más absurdos sucesos convirtiéndolos en parte de la vida normal y coti-

Es necesario no solamente
tener conciencia de los errores
sino sobre todo tener voluntad
para corregirlos.

diana. En nuestro medio, estamos por ejemplo anestesiados ante los horribles crímenes que a diario se cometen en campos y ciudades. La violencia en todas sus expresiones hace ya parte de nuestra escala de valores y no nos duele, y ya ni siquiera nos inmuta, que centenares de niños colombianos mueran de desnutrición anualmente o que asesinen a plena luz del día a hombres y mujeres de Colombia en las calles de ciudades o en retirados parajes de nuestra geografía.

Algo parecido y de consecuencias no menos graves está ocurriendo con nuestro modelo de desarrollo. Con el inmenso potencial productivo agropecuario con que contamos, es inconcebible que el país tenga que realizar importaciones cada vez más elevadas de alimentos, llegando a cifras que pueden sobrepasar los 300 millones de dólares anuales, al paso que internamente se pierden invaluable sumas de dinero en el simple proceso de manejo y comercialización de productos agrarios, de cuya magnitud nos da idea uno de los más representativos, como es la papa, en la que por deficiencia del mercadeo se pierden más de 450 mil toneladas al año equivalentes a cerca de 9.000 millones de pesos.

Algún mensaje han de tener estos aspectos de nuestra economía agraria para quienes simplistamente piensan que todo se reduce a la tenencia de la tierra.

Cabe aquí destacar el dinamismo con que se comporta el sector agropecuario, contra todos los factores adversos, incluidas las políticas oficiales. Es el caso de la palma africana, que constituye un fiel testimonio de las posibilidades del campo para impulsar el crecimiento, generar empleo y ahorrar divisas. Es así como en el corto período de 6 años, entre 1981 y 1987, el área sembrada se duplica al pasar de 39.600 a 79.000 hectáreas, empleando, en forma directa, a 23.800 trabajadores. El efecto cambiario de esta asombrosa expansión del cultivo se refleja en la sustitución de importaciones de aceites que ha venido realizando el país. Por ello es válida la inquietud, expresada por el doctor Guerra de la Espriella, en relación con las recientes impor-

taciones de aceite de coco y con el contrabando que se viene generando desde países limítrofes, pues un empeño privado que se ha hecho con tanta fe en nuestro país no puede ser botado por la borda sin considerar las desastrosas consecuencias que ello tendría, no solamente sobre la rentabilidad y el empleo en los campos, sino sobre la misma credibilidad en el porvenir de Colombia.

Sin duda, en FEDEPALMA se encuentra una organización gremial que sirve bien de legítimo interlocutor con las autoridades gubernamentales por agrupar la abrumadora mayoría de quienes a su cultivo se dedican y por demostrar que es un gremio que adelanta su actividad dentro del contexto de la concertación, articulando la defensa de los legítimos intereses de sus asociados con la promoción de los más altos de la nación.

La palma africana, constituye un fiel testimonio de las posibilidades del campo para impulsar el crecimiento, generar empleo y ahorrar divisas.

En mi concepto, la producción de palma no debe limitarse a la meta de satisfacer las necesidades del mercado doméstico. El sólo hecho de contar con privilegiadas condiciones geográficas y climáticas para su cultivo, nos señala como proveedores naturales de los mercados externos y muy especialmente de las naciones latinoamericanas cuya ubicación no coincide con la zona ecuatorial y cuyas condiciones ambientales no permiten con tanto éxito su labranza. Es una verdad de perogrullo que para poder exportar hay que producir y también es cierto que quien produce más exporta más.

Qué habría ocurrido, por ejemplo, si ante las cíclicas adversidades del mercado internacional cafetero se hubiere acogido la tesis de disminuir las siembras y por tanto la producción del grano? La respuesta es obvia: Nuestros ingresos externos habrían precipitado al país a una crisis cambiaría de proporciones insospechadas, y la opinión de Colombia en la Organización Internacional del Café tendría tanta atención como la que nos pueden prestar las grandes potencias en torno al desarme nuclear. Es que no hay que olvidar que la influencia en los mercados es directamente proporcional al respaldo productivo o al espacio que se ocupe en la demanda de determinado producto.

La producción de palma no debe limitarse a la meta de satisfacer las necesidades del mercado doméstico.

Tenemos que proyectar nuestra producción palmera a la conquista del mercado externo y para ello se hace naturalmente indispensable fomentar el ensanche de la superficie cultivada sin descuidar un aspecto fundamental como es el de la productividad. Este es un reto que, estoy seguro, sabrán afrontar los cultivadores de palma quienes han dado ya muestras suficientes de su inquebrantable fe en nuestras posibilidades de progreso.

Solamente cuando el país como un todo, es decir, cuando la clase política la dirigencia empresarial, los trabajadores y naturalmente el gobierno toman la decisión de otorgarle al sector agropecuario la importancia que tiene y se le coloque como primera actividad para forjar el verdadero desarrollo económico, la cuestión agraria dejará de ser un "problema" y las soluciones desarticuladas y parciales que se vienen discutiendo serán asuntos adjetivos al planteamiento central.

La vecina Venezuela ya decidió, y con que vigor, introducir un cambio radical en este sentido y se ha constituido en un factor que está atentando contra nuestra precaria estructura productiva. Se requiere pues actuar pronto antes de que sea demasiado tarde. Si continuamos aplicando tímidos e inocuos tratamientos para evitar el reto que implica romper con los atávicos conceptos que nos hemos impuesto como cárcel ideológica, estaremos postergando las reales soluciones y quizás condenándonos a la pobreza y al atraso perpetuos.

